**II Congreso Latinoamericano de Teoría Social y Teoría Política**

“Horizontes y dilemas del pensamiento contemporáneo en el sur global”

Buenos Aires, 2 al 4 de Agosto de 2017

MESA 16 Representaciones e Imaginarios Sociales:

Teorías, metodologías e investigación

Imaginarios Nacionales: propuestas para un nuevo nacionalismo

Josafat Morales Rubio

Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla

Ante la crisis del Estado-Nación a finales del siglo pasado y el inicio de la llamada posmodernidad, el concepto de “nacionalismo” como una ideología que engloba a la totalidad de la población del territorio parecía completamente superado. Sin embargo, los acontecimientos políticos recientes, especialmente el triunfo de Donald Trump bajo un discurso proteccionista y el Brexit en el Reino Unido, nos obliga a cuestionarnos si realmente los nacionalismos son un remanente superado del pasado, o si es necesario buscar un nuevo marco teórico que los explique. Tomando la segunda hipótesis como válida, lo que este texto propone es reevaluar el concepto de nacionalismo utilizando como marco conceptual el imaginario social, específicamente la obra de Cornelius Castoriadis. Así, se llega al concepto de imaginarios nacionales, un intento de reevaluar el nacionalismo desde esta nueva perspectiva.

Ante el proceso globalizador de finales del siglo pasado y principios de éste, tanto en la academia como fuera de ella existían voces que aseguraban el fin de los nacionalismos y la pérdida de las identidades nacionales. Se temía que la globalización y el libre mercado terminarían por borrar las diferencias entre los diversos Estados-Nación, una de las principales creaciones de la modernidad occidental. Históricamente se ha marcado la Revolución Francesa como el momento en que dio inicio el nacionalismo, aunque algunos teóricos aseguran que incluso desde antes existía. Para no entrar en esta discusión, que supera los intereses del actual trabajo, tomaremos como válida la fecha de inicio del nacionalismo como ideología a finales del siglo XVIII, siendo los siglos XIX y la primera mitad del XX el momento de su mayor crecimiento.

Sin embargo, a finales del siglo XX, como ya decíamos, el concepto de nacionalismo parece haberse desdibujado. A la par de la supuesta muerte del Estado-Nación, pronosticada por algunos teóricos quienes consideraban que estructuras supranacionales como la Unión Europea tomarían su lugar, encontramos que el nacionalismo dejó de ser un tema de importancia en los estudios académicos. Los análisis de los llamados Estados plurinacionales, como España y Canadá, se enfocaron, por citar un ejemplo, en mostrar las diferencias presentes en diversas minorías, dejando a un lado el estudio de los elementos comunes de la población, característicos de las mayorías. Pero esto parece haber cambiado en fechas aún más recientes. Con el triunfo del Brexit en el Reino Unido y de Donald Trump en los Estados Unidos, los estudiosos nuevamente están centrando su análisis en los elementos comunes de las mayorías, las cuales han tenido un importante peso en los procesos antes citados. Así, una relectura del nacionalismo resulta imprescindible, pero ya no bajo la de éste como una ideología, sino de un imaginario.

**Nacionalismo, ¿una ideología?**

El concepto de nacionalismo ha causado problemas a diversos teóricos, al ser difícil su clasificación. En primer término, existe la duda de si el nacionalismo es propiamente una ideología o no lo es, veamos algunos argumentos. De acuerdo con Anthony D. Smith, el nacionalismo es “un movimiento ideológico para alcanzar y mantener la autonomía, la unidad y la identidad de una población que algunos de sus miembros considera constituye una ‘nación’ presente o futura”.(Anthony D. Smith. *Nacionalismo*. p. 23). En su primera connotación, el Diccionario de la Lengua Española define una ideología como un “conjunto de ideas fundamentales que caracteriza el pensamiento de una persona, colectividad o época, un movimiento cultural, religioso o político, etc.” (Diccionario de la Lengua Española). Partiendo de ambas definiciones, entenderíamos entonces que el nacionalismo sería un conjunto de ideas fundamentales que busca alcanzar y mantener la autonomía, la unidad y la identidad de una población que se considera una nación. Pero, ¿de dónde parten dichas ideas? Karl Marx nos dice lo siguiente:

“Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente.” (Marx, citado en Carretero, p.)

Tomando en cuenta lo dicho por Marx, diríamos entonces que el nacionalismo son una serie de ideas creadas por la clase dominante con el objetivo de mantener los elementos ya citados (autonomía, unidad e identidad) en cierta población, con el claro sentido de mantener el *status quo* y su propio poder dentro del grupo social. Con esto, encontramos una connotación negativa del nacionalismo. Se trata, pues, de una ideología proveniente únicamente de las élites quienes la utilizan para el control del resto de la población.

Para otros autores, entre los que se encuentra Benedict Anderson, el nacionalismo es algo mucho más complejo y responde a motivaciones de las personas más allá de los intereses de las élites políticas. Así, Anderson propone lo siguiente: “Me parece que se facilitarían las cosas si tratáramos el nacionalismo en la misma categoría que el ‘parentesco’ y la ‘religión’, no en la de ‘liberalismo’ o ‘fascismo’. Así pues, con un espíritu antropológico propongo la definición siguiente de la nación: una comunidad política *imaginada* como inherentemente limitada y soberana.” (Anderson*,* p.23*.*) Contraria a la propuesta de Smith, Anderson no presenta a la nación como producto de una ideología proveniente de las élites, el nacionalismo, sino como algo imaginado pues “aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas […], pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión” (Anderson*,* p.23*.*).

De estas dos conceptualizaciones podemos llegar a la conclusión de que, para definir al nacionalismo tenemos dos opciones. La tradicional es colocarlo dentro de la categoría de una ideología, es decir una invención de la élite gobernante que busca, a través de ella, dominar al resto de la población con el objetivo de conservar su propio poder político, o algo más bien *imaginado.* Pasemos ahora a ver algunas desventajas de la concepción de una ideología nacionalista.

De acuerdo con Enrique Carretero, la ideología se convierte en un concepto relevante en la tradición filosófica a partir del pensamiento del ya citado Marx (Carretero, p.16). Durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, las ideologías van a ser el eje ordenador del mundo occidental. Los fascismos se enfrentarán al liberalismo y al socialismo en la Segunda Guerra Mundial, y posteriormente el mundo bipolar se va a organizar en países liberales-democráticos frente a países socialista-estatistas. Sin embargo, para finales de siglo el enfrentamiento ideológico deja de ser, aparentemente, el eje de la historia. En este sentido, es ampliamente conocido el libro *El fin de la historia y el último hombre*, de Francis Fukuyama, según el cual la desarticulación de la Guerra Fría significaría el fin del enfrentamiento ideológico, y por lo mismo de los conflictos mundiales. Por su parte, Samuel Huntington aseguraría poco tiempo después en su texto *Choque de Civilizaciones*, que estos conflictos seguirían existiendo pero que, en lugar de ser entre países divididos por ideologías, sería entre grupos a los que denominó civilizaciones, definidos como “la más elevada agrupación cultural de gentes [*sic*.] y el más amplio nivel de identidad cultural que poseen los pueblos y que es en suma lo que distingue a los hombres de las demás especies” (Hungtinton, p. 2). El común denominador de ambos textos es la referencia a las ideologías. Tanto para Fukuyama como para Hungtinton, las ideologías, que habían ocasionado los principales enfrentamientos durante el siglo XX, eran ya obsoletas y prácticamente inexistentes. Con el aparente triunfo del liberalismo frente al socialismo, dicha pugna carecía ya de valor alguno. Así, hablar de ideologías a finales del siglo XX y principios del XXI parece ya algo superado, y si contamos al nacionalismo dentro de éstas, parecería que hablar de éste se encuentra ya también fuera de sentido.

Otro elemento a considerar en contra de las ideologías a finales del siglo XX es la llamada posmodernidad. Para Lyotard, uno de los principales teóricos del tema, ésta significa el fin de los metarrelatos, a los que describe de la siguiente manera:

“Los “metarrelatos” […] no son mitos en el sentido de fábulas (incluso el relato cristiano). Es cierto que, igual que los mitos, su finalidad es legitimar las instituciones y las prácticas sociales y políticas, las legislaciones, las éticas, las maneras de pensar. Pero, a diferencia de los mitos, estos relatos no buscan la referida legitimidad en un acto originario fundacional, sino en un futuro que se ha de producir, es decir, en una idea de realizar esta idea  (de libertad, de "luz", de socialismo, etc.) posee un valor legitimante porque es universal” (Lyotard, p. 29).

Analicemos esto por un momento. De acuerdo con el autor francés, los metarrelatos de la modernidad, es decir aquellos grandes proyectos de la humanidad, sustentados en un objetivo a futuro, como el progreso o el socialismo, desaparecen con la llegada de la posmodernidad. Llevándolo al tema de las ideologías, podríamos decir que el metarrelato son precisamente los grandes proyectos que las sustentan. Así, por citar un ejemplo, el metarrelato de la ideología socialista es que, después de pasar por diversas etapas, dentro de las cuales se encuentra el socialismo de Estado existente en la Unión Soviética, finalmente se llegará al comunismo. Dicho metarrelato justifica la existencia de la ideología socialista, y de su forma histórica presente en la URSS, pero si el metarrelato desaparece, la ideología pierde su sustento. Así, la conclusión a la que podemos llegar es que no sólo las ideologías se encuentran superadas en la época presente, sino que al perderse sus metarrelatos es complicado seguir hablando de ellas, por lo menos de la manera en que se hablaban a mediados de siglo.

¿**Qué son los imaginarios sociales?**

Una vez que hemos presentado los puntos negativos de la conceptualización del nacionalismo como una ideología, veamos las características que, siguiendo la propuesta de Benedic Anderson, tendría el ver al nacionalismo como algo imaginado. Para esto, recurriremos a la conceptualización que del imaginario social hacen algunos de los teóricos más importantes del tema, el primero de ellos es el sociólogo francés Cornelius Castoriadis, autor del libro *La institución imaginaria de la sociedad.*

Para Castoriadis, desde la época de Parménides, la humanidad se ha centrado en algo que llama la “lógica-ontológica heredada”, dejando a un lado la cuestión imaginaria. Así, todos los autores clásicos, desde Platón y Aristóteles hasta Hegel e incluso Marx, han puesto la razón por encima de lo imaginario al tratar de analizar las sociedades humanas. Pero su crítica se centra principalmente sobre la obra de éste última, pues considera que el escritor alemán, al enfocar su análisis de la historia en cuestiones económicas, subordina otros elementos que son también importantes de analizar. Basados en esto, podríamos decir que la teoría de los imaginarios sociales busca reivindicar el estudio de lo imaginario en los procesos sociales, dejado a un lado frente al estudio de la razón.

Otro tema importante en la propuesta de Castoriadis es la relación existente entre lo histórico y lo social. El sociólogo considera que es imposible separar lo uno de lo otro, pues toda sociedad vive una serie de procesos históricos y lo histórico se da siempre dentro de la sociedad. Así, una de las conceptualizaciones centrales de su obra es lo histórico-social, lo cual define de la siguiente manera:

“Lo <<histórico-social>> no es ni la adición indefinida de las redes intersubjetivas (aunque *también* sea eso), ni, ciertamente, su simple <<producto>>. Lo histórico-social, es lo colectivo anónimo, lo humano-impersonal que llena toda formación social dada, pero que también la engloba, que ciñe cada sociedad entre las demás y las inscribe a todas en una continuidad en la que de alguna manera están presentes los que ya no son, los que quedan fuera e incluso los que están por nacer. Es, por un lado, unas extructuras [*sic*.] dadas, unas instituciones y unas obras <<materializadas>>, sean materias o no; y, por otro lado, lo *que* estructura, instituye, materializa. En una palabra es la unión y la atención de la sociedad instituyente y de la sociedad instituida, de la historia hecha y de la historia que se hace.” (Castoriadis, p. 172)

Lo que Castoriadis propone aquí sobre lo histórico-social es la unión de elementos ya constituidos y aquellos que se van constituyendo. La historia y lo social no son elementos previamente dados y estáticos sino procesos de cambio constante que se van elaborando. En ellos es central conocer lo que pasó en el pasado, pero al mismo tiempo lo que se va construyendo en el presente. Para nuestro concepto lo histórico-social es central, pues es “en y por lo cual se manifiesta lo imaginario social” (Castoriadis, p. 376). Con base en esto, se entiende que el imaginario social es también algo dinámico que se va constituyendo y que toma en cuenta tanto el presente como el pasado. De aquí se desprende la importancia de que, al hacer un análisis del imaginario social, se revise atentamente la historia, pero al mismo tiempo lo que está ocurriendo en el presente.

Ahora, a la pregunta cómo es lo histórico-social, Castoriadis responde con una imagen que también es central en su trabajo: el magma de significaciones. Un magma, de acuerdo con Castoriadis, “es aquello de lo cual se puede extraer (o, en el cual se puede construir) organizaciones conjuntistas en cantidad indefinida, pero que jamás puede ser reconstruido (idealmente) por composición conjuntista (finita ni infinita) de esas organizaciones” (Castoriadis, p.534) Si se atiende a la imagen del magma volcánico se puede entender lo que el autor quiere decir. No se trata de algo estático, de una “teoría”, sino de una serie de elementos que van surgiendo, que se mezclan entre sí y que forman una masa casi líquida. Así, lo histórico-social, como ya se había dicho, no es algo cuadrado y perfectamente organizado, como lo propondría la lógica-ontológica heredada, sino una mezcla irregular de elementos que constantemente cambia.

Para castoriadis, los elementos que van a formar el imaginario social son dos, el *teukhein* (hacer social) y el *legein* (representar, códigos del lenguaje), es decir que se encuentra formado de acciones sociales y del lenguaje. Si pensamos para el caso del nacionalismo, podemos encontrar que tanto uno como el otro son centrales. El hacer social lo podemos ver representado, por ejemplo, en la conmemoración de fechas cívicas, pero también en actos protocolarios del gobierno como los informes presidenciales o incluso en cuestiones cotidianas como los honores a la bandera que se hacen todos los lunes en las escuelas de educación básica en México. Por su parte, el lenguaje es mucho más complejo de analizar y se encuentra desde los símbolos patrios, utilizados únicamente en ciertas fechas, hasta elementos mucho más cotidianos como los billetes y monedas de circulación nacional. Con esto, lo que podemos notar es que el nacionalismo, desde esta perspectiva, no es algo exclusivo de los actos protocolarios del Estado, sino que se puede ver reflejado en la vida diaria de los ciudadanos, por lo que no cabría bajo la concepción de una ideología.

Un segundo autor al que me gustaría refererime es Charles Taylor quien, en su libro *Imaginarios sociales modernos,* hace la siguiente distinción entre una teoría social y un imaginario social:

“Existen importantes diferencias entre un imaginario social y una teoría social. Adopto el término imaginario 1) porque me refiero concretamente a la forma en que las personas corrientes <<imaginan>> su entorno social, algo que la mayoría de las veces no se expresa en términos teóricos, sino que se manifiesta a través de imágenes, historias y leyendas. Por otro lado, 2) a menudo la teoría es el coto privado de una pequeña minoría, mientras que lo interesante del imaginario social es que lo comparten amplios grupos de personas, si no la sociedad en su conjunto. Todo lo cual nos lleva a una tercera diferencia: 3) el imaginario social es la concepción colectiva que hace posible las prácticas comunes y un sentimiento ampliamente compartido de legitimidad” (Taylor, p.37).

En esta diferenciación es en donde se puede encontrar la conceptualización que tiene el filósofo canadiense de imaginario social. Como se ve, no se trata de una teoría lógica, como lo propone Castoriadis al criticar la lógica-ontológica heredada, sino lo que las personas imaginan. Además, dice que no es algo privado de las élites, sino que es compartido por toda la sociedad, y más importante todavía, que permite un sentido amplio de legitimidad. Así, el imaginario social es precisamente lo que va a permitir que ciertas prácticas (*teukhein*) tengan sentido, “si la concepción hace posible la práctica, es porque la práctica encarna en gran medida dicha concepción” (Taylor, p.39).

Una de las mayores preocupaciones que tiene Taylor con respecto a los imaginarios sociales es que, en el pasado reciente, has sido utilizados por los las potencias mundiales con el objetivo de aumentar su propio poder, pues pueden legitimar la idea de que sus propias prácticas sociales (forma de gobierno, religión, etc.) son mejores que las de otras sociedades. En sus propias palabras: “Éste es el lado obscuro del imaginario social moderno en Occidente: las conexiones que mantiene con nuestro sentimiento de superioridad civilizacional, la posibilidad de que éste se gire contra víctimas inocentes” (Taylor, p. 211). Así, los imaginarios sociales pueden ser reducido a una ideología, con la connotación negativa marxista que ya habíamos explicado, y ser falseado por cierto grupo con objetivos negativos. Si regresamos a la imagen del magma de significaciones de Castoriadis, el imaginario social no es un “conjunto de ideas fundamentales”, sino que son diversos elementos que no pueden ser agrupados ni claramente identificados como fundamentales. En el momento que un líder, o un grupo de poder, retoma ciertos elementos del imaginario, los organiza y jerarquiza, se trata de una ideología, y no propiamente de un imaginario.

Un autor que ha aportado también al tema de los imaginarios sociales es Michel Maffesoli quien, a diferencia de Taylor, centra sus estudios en la posmodernidad, a la cual ya aludíamos anteriormente. Un concepto central en la posmodernidad, de acuerdo con Maffesoli, es el de tribalismo. De acuerdo con el escritor francés, el tribalismo va a estar constituido por dos elementos: por un lado, un aspecto “arcaico”, un regreso a las sociedades tribales ancestrales, y por el otro, un elemento nuevo, que es la saturación del concepto de individuo ocasionado por la modernidad (Maffesoli, p.26). Así, las sociedades dejan de ser movidas por individuos claramente diferenciados, para agruparse basados en elementos unificadores en pequeños grupos o tribus. Es importante mencionar que lo que une a dichos grupos no es algo lógico sino cuestiones emocionales, imaginarias. En palabras de Maffesoli: “Me parece que es esta “fuerza” la que está presente en el neotribalismo contemporáneo. Después de la nominación del “principio del logos”, el de una razón mecánica y predecible, el de una razón instrumental y, estrictamente, utilitaria, asistimos al retorno del “principio del eros” (Maffesoli, p. 27). A este “principio del eros”, el sociólogo francés lo llama el placer del *estar-juntos*. Aterrizando éste concepto a la política, Maffesoli nos dice lo siguiente:

“Sin distinguir entre izquierda y derecha, lo que prevalece es una política de clanes luchando unos contra otros; y en la que todos los medios son válidos para abatir, someter o marginalizar al contrincante. En esta lucha sin piedad las diferencias doctrinales son mínimas, y hasta inexistentes. Sólo cuentan los problemas personales y la sumisión al líder” (Maffesoli, p. 33).

Con base en esto, podemos decir que las grandes ideologías políticas, ligadas a los metarrelatos, van a ceder su lugar a pequeñas luchas entre diversas facciones políticas que buscarán hacerse del poder. Así, la diferencia entre capitalismo y socialismo al que hacíamos alución en la primera mitad del siglo XX, desaparece dejando en su lugar grupos políticos con diferencias mucho menores y con intereses de carácter particular. Esto, llevado al imaginario social resulta muy importante, pues al perderse los grandes metarrelatos y al generarse grupos con objetivos diferenciados, vamos a poder notar que cada grupo va a tomar elementos del imaginario social para buscar legitimar su propio actuar, su razón de ser. Retomando el caso del nacionalismo, el asunto es aún más evidente. Diversos grupos toman algunos elementos del imaginario para dar legitimidad a sus propios argumentos y sus acciones. Podemos poner el ejemplo de Donald Trump, quien retoma del nacionalismo estadounidense la idea de la grandeza de su nación (*make America great again*), pero deja a un lado la idea de que el país fue formado por inmigrantes, elemento que le estorba para su política migratoria.

En este sentido, Maffesoli asegura que “[…] cada quien, a su manera, compone su ideología, su historia particular, a partir de estos elementos dispares que se encuentran repartidos por todos los rincones del mundo” (Maffesoli, p. 140). Dichos *elementos dispersos* son el magma de significaciones propuesto por Castoriadis, que vendría a ser, en términos de Maffesoli, la memoria colectiva. Para el autor, este concepto es de vital importancia, dado que:

“[…] la memoria colectiva puede servirles, en el sentido simple del término, de revelador a las acciones, intenciones y experiencias individuales. Es ésta, verdaderamente, una esfera de comunicación, causa y efecto de la comunidad. Así, lo que parece más particularizado, el pensamiento, no es más que un elemento de un sistema simbólico, que es la base misma de toda agregación social” (Maffesoli, p. 141).

La importancia de esto es capital para el imaginario social. La memoria colectiva o los elementos dispersos de los que habla Maffesoli, se van a insertar en la mentalidad de los diferentes miembros de la sociedad de diversas manera, pues estos van a aprehenderlos de manera distinta. Sin embargo, en ella es en donde vamos a encontrar la base de la sociedad, pues gracias a dicha memoria se va a lograr la comunicación que le va a dar sentido a la propia sociedad. Retomando el ejemplo de Trump, aunque él no utilice en su discurso, y posiblemente no considere como válida, la concepción de Estados Unidos como país de migrantes, cuando entabla una discusión con alguien que sí lo considere, podrá perfectamente comprender lo que el otro diga, aunque no coincida con él. Si en un país sin tradición migrante, digamos la India, se utilizara esta idea, el interlocutor no comprendería a qué se refieren con eso.

Ahora, si nos preguntamos por qué es posible el imaginario en la posmodernidad y no en la modernidad, de acuerdo con Maffesoli, “es verdad que la lógica económica que prevaleció durante la modernidad, y que privilegió a la vez el proyecto político y la atomización individual, no podía en absoluto integrar la dimensión de un imaginario colectivo; a lo sumo, pudo concebirla como un suplemento anímico, una bailarina para uso privado y repetitivo” (Maffesoli, p. 162). En otras palabras, para Maffesoli, como para Castoriadis cuando habla de la lógica-ontológica heredada, en la modernidad no se tomó en cuenta la vertiente imaginaria. No es que no existiera, pues como pudimos ver con Taylor y en el propio análisis de Castoriadis siempre estuvo presente, sin embargo no era tomada en cuenta, y mucho menos teorizada más que como ideología, y siempre con una connotación negativa.

**Imaginarios nacionales: una propuesta**

Tras haber revisado los problemas que representa el considerar al nacionalismo como una ideología y analizar lo que es el concepto de imaginario social, lo que este último apartado se propone es presentar una nueva propuesta para analizar al nacionalismo como un imaginario en lugar de como una ideología. Para esto, propongo en lugar de hablar de nacionalismo, como un pensamiento unívoco que engloba a toda la población, hablemos de imaginarios nacionales, los cuales se definirían de la siguiente forma:

<<Los imaginarios nacionales son la unión de ciertos pensamientos, conceptos, palabras e imágenes tomados por una parte de la sociedad y que les permite la comunicación y realizar prácticas compartidas, dotándolas de sentido y legitimidad. Dichos imaginarios no tienen un sentido teórico-racional, pues se trata de elementos obtenidos de un magma de significaciones.>>

La ventaja de hablar de imaginarios nacionales en el sentido aquí propuesto, en lugar de la ideología nacionalista, es en primer término que no se habla de algo unívoco, sino de elementos que son retomados y jerarquizados de diversas maneras. En sociedades tan complejas como las actuales, en las que encontramos grupos tribales con objetivos diferenciados, pensar que todos los ciudadanos tienen una misma idea de lo que es su ser nacional, resulta absurdo. Con esto, no se quiere decir que no existen elementos en común, sino que cada persona, o grupo de personas, valoran algunos de dichos elementos por encima de otros. Así, el nacionalismo no desaparece, sino que puede ser revalorado desde una visión mas plural, en clara concordancia con nuestras actuales sociedades.

**Fuentes de Información**

* Anderson, B. (1983). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica México.

Carretero, A. (2001). *Imaginarios sociales y crítica ideológica. Una perspectiva para la comprensión de la legitimación del orden social.* Tesis, Universidad de Santiago de Compostela.

<http://www.archivochile.com/tesis/11_teofiloideo/11teofiloideo0007.pdf>

* Castoriadis, C. (2013). *La institución imaginaria de la sociedad.* México: Tusquets Editores.

Huntington, S. (2001) “¿Choque de civilizaciones?” en *teorema,* Vol XX/1-2, Pp. 125-148.

Lyotard, J. (1987) *La posmodernidad (explicada a los niños).* Barcelona: Gedisa.

* Taylor, C. (2006). *Imaginarios sociales modernos*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.